

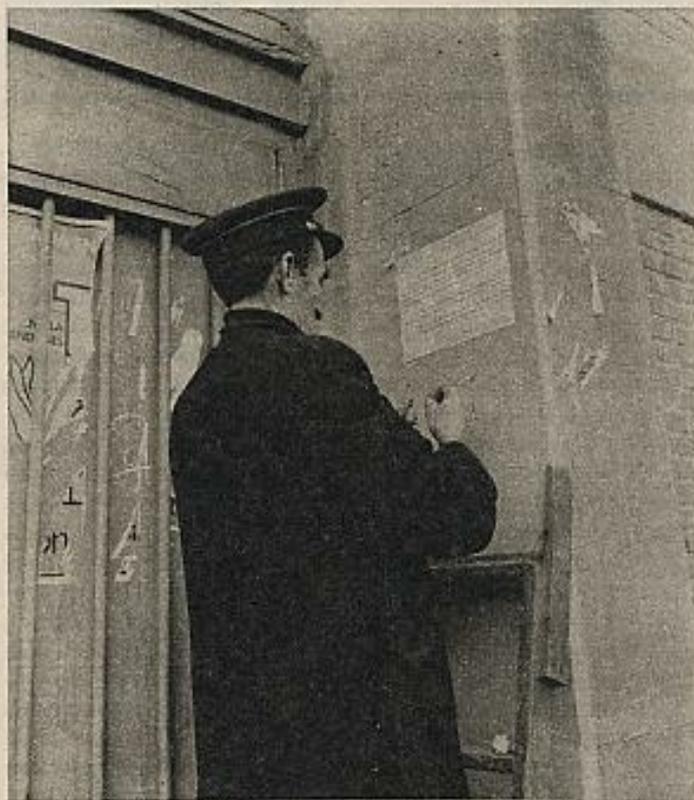
HUELGA DE FUTBOLISTAS

Clubs y Federación en fuera de juego



JUAN CALZADILLA

El empleado coloca el cartelito de "Se suspende el partido"; el estadio Santiago Bernabéu queda vacío como un inmenso taller en huelga.



Pablo Porta, una voz rotunda y azul del fútbol español, se ajustó los tirantes, se puso bien las gafas de montura impenetrable, y dijo lo de siempre: "Los futbolistas son buenos chicos. Pero no hay derecho a que dejen fuera de juego a los aficionados".

LADISLAO Kubala, el niño de las botas de oro, el Laszi mítico que ganó su fama gracias a que la política lo expulsó de Hungría, y que ahora se gana el dinero gracias a su fidelidad a Porta, comentó, cándido y ridículo: "Espero que los jugadores no traigan a la selección (de la que Kubala es responsable eterno) los problemas que los han preocupado en las últimas semanas".

Pablo Porta y Ladislao Kubala, representantes principales del "bunker" futbolístico español, bendecidos por Benito Castejón, el director del Consejo Superior de Deportes, hicieron así la definición ideal que la derecha fut-

bolística ha hecho siempre del jugador, del proletario del balompié, de la clase desclásada que da patadas para ganar el sustento, que a veces se lo gana bien y a veces no le da para otra cosa que para terminar de conserje del Consejo Superior de Deportes, para abrirle la puerta acolchada a Kubala, a Porta, a Castejón.

El retrato-robot del futbolista español lo completaría el presidente del Español de Barcelona. En español, suponemos, el señor Meler fue tajante: "Con esta huelga, los futbolistas han decepcionado a los aficionados. Y a eso sí que no hay derecho".

El futbolista español es (era), pues, un buen chico, al-

HUELGA DE FUTBOLISTAS

güen que va a las concentraciones despojado de toda preocupación profesional que exceda la simple actividad balompédica. Es (era) además, un ser que debe fidelidad religiosa al aficionado.

No puede ir a la huelga un ser preparado para tamañas sumisiones.

Pero fue. El futbolista español fue a la huelga por primera vez en el centenario y pico de años que el fútbol es fútbol en la España insular y peninsular. A balón parado, sin que se diera ningún silbido, sin que se arrojara almohadillas, sin que se sacara un córner. A balón parado, los futbolistas españoles ganaron la primera batalla profesional de su vida.

La jornada del 4 de marzo, tres días después de las elecciones generales, quedó en blanco. Los presidentes de los clubs de fútbol de Primera y Segunda División (esta última en sus dos categorías) y el propio Pablo Porta palidieron de disgusto.

La televisión, manipulada hasta extremos inconcebibles en un medio de comunicación de cobertura estatal, puso su grano de arena para que empalidieran también, pero de ira santa, los futbolistas defraudados: la Caja Idiota divulgó editoriales del informador Miguel Ors en los que se trataba de apuntalar la ideología de los clubs: los aficionados, decía Ors —y dijo Santidrián en la **Hoja del Lunes** de Madrid, y dijeron todos los críticos deportivos que han hecho de la adulación a los clubs una divisa torera—, decían Ors y otros, los aficionados son los que salen perdiendo. ¡Habrás visto, una huelga de futbolistas!

No pasó nada. Absolutamente nada. No tenía por qué pasar nada. A televisión y a otros medios les hubieran gustado motines en los campos de fútbol, para subrayar la conducta casi inhumana del profesional futbolista. Pero, como apuntaba García Candau en **El País**, los aficiona-

dos no son sólo Pablo Porta, Meler, Luis de Pablos o Vizcaino Casas, este último incluíto abogado del "bunker" federativo. No, los aficionados son seres que también van a la huelga, nos dejan sin gas, acaban con la masa del pan, paran el Metro hasta que los militarizan o dejan de regar convenientemente las calles, lo cual ocasiona tremendos perjuicios a los Mercedes de la Federación Española de Fútbol, que regresan pringados a los garajes.

Al contrario: los aficionados disfrutaron, porque comprobaron que, como ellos, los

secundada, entre otros futbolistas, por Asensi, profesional del Barcelona e instigador feliz de la reciente huelga nacional, y Juanito, estrella del Real Madrid. Rubén Cano fue otro héroe de la huelga.

Historia de una huelga

Si los medios estatales de difusión hubieran explicado las razones de la huelga, todos los aficionados la hubieran secundado, si es que la Federación Española de Fútbol permitiera hacer huelga a los aficionados.

tan a la torera cualquier ley laboral que acepta la sanción de un día de haber por una huelga ilegal (la huelga de los futbolistas no ha sido declarada ilegal por ningún organismo competente) y sanciona a los trabajadores con saña y recochineo. Aun así los fabulosos corazones de los clubs y de la Federación dirían: "Pudimos haber sido mucho más duros". Este es un país en el que se puede ser siempre muchísimo más duro. Franco no fue más duro con nosotros, porque le dábamos pena, como los futbolistas a sus patrones.



Miembros de la AFE escuchan al asesor jurídico Cabrera Bazán poco antes de pronunciarse por la huelga.

futbolistas son seres de carne y hueso, a los que los clubs deben dinero (la Asociación de Futbolistas Españoles ha recuperado más de 130 millones de pesetas adeudados por los clubs a futbolistas predominantemente modestos) y a los que se les aplican leyes leoninas que ningún afiliado a la UGT o a Comisiones Obreras aceptaría, aunque estuvieran en la indigencia.

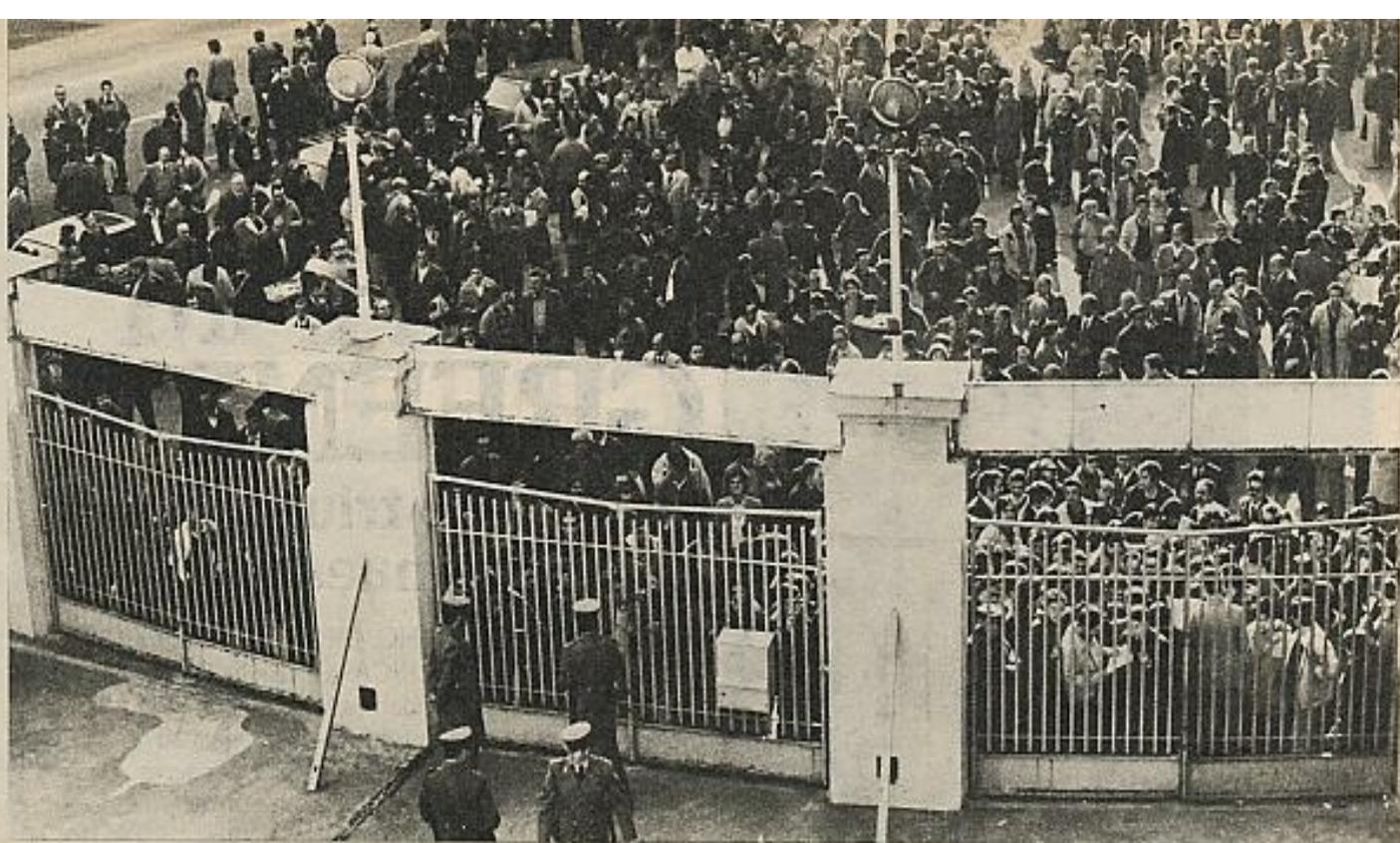
El 92,4 por 100 de los futbolistas de Primera División están en la AFE. Esa es una muestra del hambre de sindicalización que tenían esos profesionales. 1.672 jugadores en total son los que forman la Asociación, promovida por el abogado Carceller y

Los aficionados, por otra parte, habrán empezado a entender la tiranía que ejercen los clubs de fútbol al saber que por dejar de trabajar un solo día, el domingo día 4, los productores del balompié fueron sancionados por sus patrones a devolver "a las empresas" el 10 por 100 de sus haberes anuales.

El 10 por 100 de los haberes anuales es para Krankl o para Stielike una especie de mendrugo de pan del que se pueden deshacer. Para los jugadores modestos, que son la mayoría de los que surgen veloces por el foso de los vestuarios, esa cantidad puede ser la solución para un período vital del año. A los clubs no les importa. Se sal-

El 10 por 100 de los haberes, además, debe tomarse en consideración, teniendo en cuenta un hecho capital: en Segunda División, categoría B, los jugadores ganan, como promedio, 492.000 pesetas anuales, lo que supone una mensualidad de 41.000 pesetas. En esa categoría hay cuarenta equipos, algunos de los cuales pagan sueldos que van de las 900.000 a las 150.000. La gran mayoría, decía hace días una revista especializada, se queda en las 350.000.

No fue extraño, pues, que los jugadores de esos cuarenta equipos, junto con los de Segunda "A" y con los de Primera División, secundaran la iniciativa de la AFE.



Si el público hubiera sido fielmente informado, tal vez su reacción no hubiera sido tan hostil contra los jugadores.

Pero la AFE no iba por sueldos: sus reivindicaciones no eran amarillas, ni siquiera coloristas: eran reivindicaciones laborales básicas, incluidas en una ordenanza laboral preparada por el catedrático Cabrera Bazán, como alternativa de los futbolistas, y arrinconada por Pablo Porta, Castejón and company.

La pobre ordenanza balompédica

La pobre ordenanza balompédica ha tenido una triste y mediocre existencia. La AFE ha tenido una existencia parecida, aunque los recientes destellos ha hecho brillar con luz propia, como dicen los cronistas de los delanteros que dominan el centro del campo y chutan bien: brillan con luz propia.

La AFE supuso el primer intento asociativo de los jugadores de fútbol. Cuando se creó, hace trece meses, se pensó que era un movimiento reivindicativo para preservar los privilegios económicos de los jugadores de Primera, porque no en vano los iniciadores fueron miembros de la selección nacional de fútbol. Pero, bien asesorada, la AFE atacó pronto la prime-

ra contradicción en que vivía el balompié español: los futbolistas eran sancionados, vilipendiados, explotados por sus clubs, que podían retenerlos de por vida, aumentándoles el sueldo en un 10 por 100 inalterable, sin que por parte de los productores pudiera haber una réplica. El único organismo de apelación era la Federación Española, en la que ellos no tenían representante. La dictadura de los clubs era total. La AFE vino a minar los cimientos para poner en marcha lo que al final podría ser la democracia proletaria del fútbol español.

La primera iniciativa de la AFE fue la de pedir una ordenanza laboral que le permitiera la negociación administrativa, a través de la Magistratura de Trabajo, de sus diferencias con los clubs; que revisara el derecho de retención y arbitrara medios para hacer este derecho de los clubs más humanizado y flexible, y que revisara la norma según la cual no pueden jugar en Tercera División nada más que tres veteranos, mayores de veintitrés años, por equipo. Esta última norma crea frustraciones, desempleos: preserva la cantera a

costa del paro forzoso de profesionales que aún pueden dar de sí futbolísticamente, pero que no son aceptados, por criterios deportivos, en categorías superiores.

La AFE quería negociar estos puntos. Su posición no era irreductible. La de la Federación y la de los clubs sí lo era. Por eso la ordenanza propuesta, a instancias del Ministerio de Trabajo, por el catedrático Juan Rivera, cruzó todos los umbrales y fue devuelta varias veces, como una pelota inservible, por árbitros designados a dedo, por los bunkerianos del fútbol, que prefieren el *statu quo*. Los futbolistas, pues, esperaron un plazo para la respuesta, y al final se hartaron. Su posición, normal, razonada, humana, nada divina, fue la huelga. Los clubs reaccionaron brutalmente: morderán con avidez, en un 10 por ciento, las fichas de los jugadores. Antes de que la huelga se realizara, hicieron todo lo posible por pincharla: concentraron forzosamente a jugadores lesionados o sancionados; los obligaron a recorrer cientos de kilómetros en desplazamientos que se sabían inútiles; amenazaron

con toda clase de artilugios facciosos. Un presidente, Núñez, del Barcelona, fue el epítome de la delincuencia verbal: dijo que si los futbolistas no reconsideraban su postura, denunciaría a Hacienda lo que en realidad ganaban. Al ser el club el responsable de tales declaraciones al Fisco, es obvio que Núñez admite que su club ha mentido como bellaco a la Hacienda pública.

Ninguna de estas distorsiones fue suficiente. Los futbolistas estaban decididos a demostrar que el campo era de ellos, que la represión ha sido larga, pero que ya va a continuar más difícilmente, porque el dócil, buen chico, concentrado y mimado futbolista español no tiene su fuerza exclusivamente en los pies. Pablo Porta se habrá extrañado de que en el mundo en que ha vivido siempre —el delicioso mundo feliz de los acuerdos unánimes— la discrepancia comience por la base, en el césped, entre los proletarios engañados de un negocio gigantesco en el que el explotado es el que ha sido presentado como millonario despreciable que no tiene nada en la cabeza. ■ J. C. Fotos: EUROPA PRESS.